

también están presentes en "los" hombres, haciendo uso de la universalidad que Lacan propone. De este modo, quisiera cuestionar los límites de lo masculino y lo femenino en cuanto a mecanismos de subjetivación, proponiendo más bien que son las reacciones ante los efectos de éstos las que varían de acuerdo a la sexuación. Así, me parece que la feminidad encuentra un lugar fecundo en los espacios que quien se identifica al padre debe dejar fuera, reprimir. E inversamente, la masculinidad promovería a un ideal incuestionable una lógica o un sistema de creencias en el cual la feminidad no encontraría espacios ni posibilidades para su creación. No quiero con lo anterior hacer de lo femenino y de lo masculino polaridades o antagonismos, sino todo lo contrario, cuestionar los límites impuestos entre uno y otro, como si ambos se construyeran sobre mecanismos psíquicos opuestos. La pregunta por lo masculino y lo femenino sigue en pie, insiste, porque pareciera ser que la existencia de dos sexos anatómicos impone un problema irresoluble al ser humano. Un problema que instala un movimiento... como el vértigo, ese movimiento que aparece lanzado sobre los objetos, que se vuelve amenazante y desestabilizador. Pero quizás el efecto vertiginoso no es una consecuencia del problema de la diferencia sexual, sino de la respuesta forzosa que cada quien construye en esta exigencia del "deseo" que lo anatómico impulsa.

Que los fenómenos transferenciales se vuelven elementos inhibidores del analzante o coercitivos por parte del analista, que la consolidación de una historia cierra caminos y sentidos talando lo que la excede, que hay lógicas y leyes que optimen las posibilidades de un sujeto, son cuestiones que quise figurar con algunos de los momentos de este relato. Se trata de exclusiones, de un dejar fuera lo que aparece como sin sentido, como un exceso, como algo amenazante o por lo menos inquietante. Exclusiones que, más allá de la cuestión de la sexuación, de la diferencia en lo diferente, me hacen pensar que una condición del espacio clínico se juega en la posibilidad de atender y asistir a momentos de creación, de sorprenderse en ellos, sobre todo cuando aquello a crear es un silencio donde es la palabra la que queda excluida.

Referencias bibliográficas

- Doidl-Meinrad, M.: *Las construcciones de l'Universel*, Presses Universitaires de France, París, 1997.
- Freud, S.:
 - "Proyecto de psicología para neurologos" (1895).
 - "Sobre la psicogenésis de un caso de homosexualidad femenina" (1920).
 - "La organización genital infantil" (1923).
 - "El suplenimiento del complejo de Edipo" (1924).
 - "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos" (1925).
 - "Conferencia 32" (1933).
 - "Conferencia 35" (1935).
- en *Obras Completas*, Anagrama Editores, Buenos Aires, 1986.
- Hannon, M. C.: *Feminist bioethics*, Editions du Seuil, París, 1994.
- Irigaray, L.: *Speculum de l'autre femme*, Les Editions de Minuit, París, 1974.
- Mason, J. M.: *La réel escamoté*, Editions Aubier Montaigne, París, 1984.
- Naudiseco, E.: "Les premières femmes psychanalyses", en *Topique Revue Freudiana*, nº 71, Editions l'Esprit du Temps, París.
- Schneider, M.: *La part de l'ombre*, Aubier Editions, París, 1992.

Transferencias

Patrick Guyonard

He hablado bastante en torno a los términos que ustedes me han propuesto. Tuve la impresión de que me escuchaban atentamente y les quiero agradecer porque ha sido muy agradable para mí. Al mismo tiempo, me arrepiento de no haberles dado más la palabra, aunque por otra parte era bastante interesante para mí el poder presentarles mi visión de esta problemática, para que tuvieran un punto de vista más amplio, más vasto, y sobre todo de estos puntos tan difíciles, para que eviten tener perspectivas demasiado reductoras. Es esto lo que me ha hecho hablar quizás un tanto extensamente.

No sé si es realmente necesario decirles esto, pero les pediría que ustedes tuvieran la máxima libertad en poder plantear sus preguntas con sus propias palabras, porque estoy seguro que las preguntas que cada uno tenga también van a ser preguntas para otro. Quizás la única diferencia es que algunos de ustedes estén más dados a transformar sus inquietudes en preguntas más precisas, mientras que para otros quizás sea un poco más difícil transformar en una o dos preguntas todo aquello que les queda de manera problemática o quizás más abierta. Todas las preguntas, incluyendo las críticas, son siempre buenas preguntas. Ahora, les dejo la palabra.

Paula Sáez:

Me gustaría comenzar con una pregunta que tal vez no se asienta específicamente en lo que puede escuchar del seminario, pero que se sitúa en al menos dos frases que escuché al pasar. Cuando usted habla de lo sujeto, alude a una relación con la mujer; y también, cuando habla sobre la verdad del amor, indica a la mujer en su limitación sobre lo que podría decir al respecto. Me gustaría que pudiera tal vez comentar esta concepción de lo femenino, y la relación entre lo femenino, lo sujeto y la verdad.

Viviana Pereda:

Quisiera plantear una pregunta, pensando en el contexto nuestro. A propósito de los diálogos de Platon, tengo la impresión que nos ha faltado diálogo, nos ha fal-

¹ Nota del editor: El texto presentado a continuación resume la discusión final de la última sesión del seminario dictado por Patrick Guyonard con ocasión de su visita al Programa de Magister en Psicología Clínica y Psicoanálisis, de la Universidad Diego Portales. Algunas partes no han podido ser transcritas por dificultades de su reproducción. Del seminario desarrollado en los días precedentes a esta jornada, publicaremos su transcripción en otro momento.

tado algo sobre el diálogo. Me parece que hay una cierta tendencia en nuestro medio, sobre todo en un aspecto del medio psicoanalítico, a dejar de lado todo lo que tiene que ver con el diálogo y la demanda. Y yo creo que son cuestiones absolutamente esenciales, que tienen mucho que ver con la transferencia. Me da la impresión también que a veces en el medio analítico nuestro se produce una especie de co-dificación o un hablar muy interrumpido también. Estoy pensando por ejemplo en los medios hospitalarios, los medios clínicos, donde pareciera que reflexionar es como perder el tiempo. Entonces lo que seduce son las palabras violentas, los argumentos chocantes, lo enigmático. Entonces, aquí mi pregunta es por algo que incumbe al dominio del analista, donde se transfiere algo del sujeto en la demanda de amor también. En la demanda de amor hay un sujeto que es distinto quizás de aquel sujeto que se encuentre al hacerlo aparecer en la interpretación; ¿cuál es la diferencia entre esos sujetos: entre ese sujeto que uno intenta hacer aparecer en la interpretación y el que aparece en la demanda?

Roberto Aceituno:

Quisiera agregar una pregunta, para poder precisar un aspecto de lo que Patrick comentó en el seminario. Tiene que ver con el problema del sometimiento. Quisiera que se pudiera agregar a la discusión el lugar del sometimiento con respecto a la posición del psicoanalista y no sólo con respecto al lugar del analizante. Es decir, lo que uno pudiera llamar la virtual ganancia narcisista del analista al sostenerse en el sometimiento del otro.

Les agradezco estas preguntas, que son a la vez precisas y fuertes. Voy a intentar si no responderlas todas directamente, al menos entrar en este diálogo que ustedes me proponen con ellas.

Comenzaré a hablar a partir de la pregunta de Roberto. En el fondo, ¿qué es lo que dice Lacan cuando habla del deseo del analista? Podríamos decir que el análisis es, después de todo, un oficio como cualquier otro y que en consecuencia se aprende; es necesaria cierta formación y luego son necesarios ciertos elementos, ciertos hilos para poder orientarse en los casos difíciles. Recuerden lo primero que dije ayer acerca de la transferencia: es Freud quien lo dice y no es casualidad que sea Lacan quien lo repita: *«la transferencia es un fenómeno espontáneo e inquietante»*. Freud decía a propósito del analista: cuando hacemos venir al diablo, a esta potencia del infierno, es decir todo lo que la transferencia desencadena, después es muy tarde para decirle a toda esta potencia que se calme y vuelva a su casa. Entonces, podemos tomar esto del lado de la dificultad de ser analista y en consecuencia de todos los problemas de la formación, del análisis personal, de la supervisión y de todo ese orden de cosas; pero podemos también tomarlo de otro lado y decir que finalmente aquello con lo que tenemos que vernos como analistas –el síntoma, la relación entre el síntoma y el problema de la verdad, el problema del síntoma y lo social, las fuerzas inconscientes en juego, inclusive la represión y el retorno de lo reprimido– todos esos elementos son mucho más fuertes que nosotros como analistas; hay de parte del analista un sentimiento de relativa impotencia en relación a esto, es decir, si nosotros nos

comprometemos en una relación de fuerza con el inconsciente –que es siempre un asunto de alguien o de algunos– nunca seremos los más fuertes, perderemos siempre; todos los pacientes, adultos o niños, son más fuertes que nosotros. Es quizás una manera de expresarse un tanto psicológica, un poco personal, pero en todo caso los pacientes son la mayoría de las veces, consciente e inconscientemente, mucho más despiertos, mucho más inteligentes, porque han tenido que atravesar situaciones más difíciles que la mayoría de nosotros. Entonces, para entrar al campo del psicoanálisis, al dominio del psicoanálisis, uno entra solamente en la medida que uno acepta que no es el más fuerte.

Por eso desde el origen del psicoanálisis se plantea la pregunta acerca de la verdad la verdad de lo que está reprimido, la verdad para cada uno y a veces acerca de un diálogo verdadero con alguien, un diálogo que se refiera a la pregunta por la verdad, que plantea la pregunta por la verdad al mismo tiempo que pone en duda la manera habitual de referirnos a ella. El psicoanálisis pretende que el reconocimiento de la verdad –de los síntomas– cura, sana, es decir libera y alivia, no en el sentido de hacer desaparecer un problema, sino en el sentido que los problemas pueden venir a ser hablados. Entonces, lo que alivia, lo que alivia es justamente que las preguntas puedan entrar en diálogo, diálogo con otro y que no se encierren en el diálogo privado que tenemos cada uno al interior de nosotros mismos. El psicoanálisis permite un efecto de ruptura de aquello que gira sobre sí mismo dentro de cada uno de nosotros, que queda prisionero dentro de nosotros mismos, que reverbera; y en consecuencia supone la posibilidad de proyectar en una exterioridad este diálogo que algunos veces puede girar en banda, volviéndose persecutorio.

Por otra parte, Freud decía algo que puede sonar un poco extraño si lo tomamos al pie de la letra, pero que finalmente puede decir mucho si le damos todo su alcance: él decía que tuvo durante toda su vida el mayor respeto por los síntomas. Cuestión bastante paradójica para alguien que a lo largo de su vida se enfrentó a los síntomas para interpretarlos, para analizarlos, para disolverlos, para suprimirlos. Entonces, ¿por qué tenía este respeto por los síntomas? Porque pensaba que en este problema, en el tema de los síntomas, estaba incluido eso que Lacan llamaba el sujeto, y por lo tanto una manera de enfrentar al síntoma podría volverse una manera de enfrentar al sujeto que tiene necesidad de ese síntoma para protegerse y también para comunicarse. Un síntoma después de todo es un mensaje codificado, misterioso, pero digno al otro. Por esto, si bien los psicoanalistas han sido en cierto modo críticos con respecto a la noción de demanda, yo tendería a decir en cambio, desplazando un poco las palabras de Freud, que el psicoanalista debe tener siempre respeto por la demanda –o por las demandas– porque no tenemos otra cosa sobre lo cual hacer el cliente. Por lo tanto, una demanda es siempre aquello a través de lo cual un sujeto entra en contacto, comienza a hablar y constituye una transferencia. Que la transferencia o la demanda, como cualquier otra palabra, sea habitada por otra cosa, sea llevada a sobrepasarse ella misma y particularmente se interroge respecto a lo que verdaderamente alguien demanda en eso que demanda, todas estas preguntas, todos estos problemas no pueden ser abiertos sino en la medida en que la demanda es respetada y aceptada en su formulación. De cierto modo uno no sabe nunca del marco de la demanda, puesto que para Lacan, en cierta medida, hablar es siempre demandar.

A propósito de esto, incluso si ustedes están molestos por esta noción de demanda, hay una palabra que ustedes pueden poner al lado, entre paréntesis, de la noción de demanda: una palabra que no recubre o no da cuenta de toda la problemática de la demanda, pero que puede tensionarla y permitirle abrirse a otra dimensión. Esta palabra quizás los vaya a sorprender, es la palabra plegaria, en el sentido de petición, como cuando uno reza en una religión. Ahora, si ustedes ubican esta noción de plegaria al lado de la noción de demanda, ustedes pueden escuchar, comprender aquello que puede hacer problema en la demanda: y es que su formulación ubica a un otro a quien esa demanda es dirigida –otro que existe o no, ese es otro problema– en una posición absoluta de poder responder, cumplir, satisfacer esta plegaria, es decir en una posición de dependencia a la trascendencia y de esperar en la respuesta del otro aunque sea una pequeña luz acerca de aquello que demandamos más profundamente a partir de la fragilidad humana, de la impotencia humana o la dificultad a veces trágica de la condición humana. Si leen atentamente algunos pasajes del seminario de Lacan, se darán cuenta que él pasa de una manera bastante abrupta del problema de la demanda al tema de la religión, al tema de la plegaria.

Pienso que es en relación con esto, entre otras cosas, que hay que definir la dimensión del deseo, porque ésta se sitúa más allá de la dimensión de la demanda y en particular en tanto pone en juego la alienación en relación al otro. Pero lo que encontramos en la cuestión del deseo, para decir una palabra que quizás también sea un poco fuerte, es toda la dimensión de la negatividad y de la destructividad. En la última parte del seminario sobre la transferencia, Lacan habla de la destructividad del deseo; esto se ubica en la última página de este enorme seminario. Con este término de destructividad del deseo, de una manera diferente, Lacan continúa la pregunta de Freud, el problema que éste había abierto a propósito de la pulsión de muerte. Esta idea es muy simple y común, bastante accesible para cualquiera de nosotros: se refiere a que la pureza, la radicalidad, el absoluto, el idealismo, es una máquina de destrucción, es en sí misma una máquina de destructividad y no hay ninguna máquina de destrucción mayor que el movimiento de la pureza. La pureza tiene y ha tenido siempre un poder de seducción, un poder de identificación colectiva absolutamente extraordinario, pero se trata de un poder que está profundamente sostenido por la capacidad que se encuentra en el ser humano de destruirse a sí mismo y a los otros, de desencadenar, en el movimiento mismo del deseo, la destrucción de todos los objetos que uno ama o que uno inviste; como si todos los objetos fuesen hermosos, falsos, y eso que los objetos pueden tener de decepcionante y de engañoso, en lugar de aceptarlo, uno lo ha idealizado. Entonces hay en la problemática del deseo esta destructividad de la cual nos habla Lacan y mientras más salimos de la problemática de la demanda, más nos encontramos con la pulsión de muerte y la destructividad del deseo.

Frente a este hecho –que no hay que dramatizar, porque si yo comienzo a hacerlo lo idealizo y en el mismo movimiento de idealizarlo me transformo en una máquina de destrucción– es eso lo que está en juego en el análisis: por una parte reconocer la extrema fuerza, potencia de aquello que aparece, pero encontrarse desplazado en relación con esta fuerza para reconocer su potencia y al mismo tiempo no ponerse al servicio de ella.

Todos estos desvíos para retornar a la pregunta de Roberto. Venimos bien que para que un analista haga su trabajo, que tenga efectos clínicos –y estoy convenido por mi propia experiencia en la eficacia del psicoanálisis, en sus posibilidades terapéuticas– es necesario que el inconsciente se abra, poniéndose en transferencia; es decir que no vuelva a cada uno sino a través del otro. No tenemos acceso directo al inconsciente, es necesario que haya una mediación, un trayecto. Es a través entonces de la transferencia y de lo que la transferencia produce que el inconsciente se abre, continúa abriéndose incluso si se cierra, y en consecuencia esta constatación es también verdadera para los analistas mismos: el analista debe también transferir para poder saber que es lo que fabrica su inconsciente. De ahí la necesidad para los analistas quizás no necesariamente de retornar sus análisis, pero por lo menos de estar en una comunidad de analistas donde la transferencia, a propósito del trabajo clínico y de intercambio, sea posible. Porque no tenemos acceso directo al inconsciente, es siempre necesario el otro. Esto es bastante difícil, porque supone una cierta estructura de la comunidad analítica. Entonces, frente a todos estos problemas –que no son ni dramáticos ni trágicos, bajo la condición que uno acepte que aparezcan entre los analistas y en la formación de los analistas– una de las lecciones de Freud es que cuesta siempre más caro negarlos que reconocerlos, inclusive si no es uno mismo quien termina por pagar, siempre hay alguien que termina pagando. Después de todo, reconocer un problema quizás sea molesto para el amor propio de cada uno, algunas veces los amores propios son muy embarazosos.

A propósito de esto es que aparece el problema del sometimiento del cual hablaba Roberto. Si el analista no entra en esta perspectiva que acabo de señalar, existe siempre el peligro –que forma parte de la historia del psicoanálisis– de idealizar el psicoanálisis. Recuerden cuando Lacan dice que el analista no debe idealizar el psicoanálisis, porque ello implica introducir la destructividad del deseo en el corazón mismo del psicoanálisis. Esta idealización o esta destructividad toma una forma a veces sutil, pero también muy clara, porque es algo muy frecuente en la política: los más grandes dictadores o los personajes políticos más corruptos, que no son imbéciles, nunca dicen “yo hago esto para mí”, dicen siempre “estoy al servicio de algo”, y ésta es la trampa más grande. Por eso es que la gente se deja atrapar, porque la gente simpática siempre dice “yo no trabajo para mí, trabajo para otro”; entonces no hay nada peor que un psicoanalista diga que no trabaja para el sino para la causa o para otra cosa, porque erigimos de esta manera un ideal que tiene como característica principal el hecho de nunca hablar, y donde nunca podemos atrapar esta famosa causa, forcearle el cuello y preguntarle qué es lo que quiere. Si lo ven por otro lado, si alguien dice que hace tal cosa por la causa, cuando alguien le hace una pregunta es muy fácil que responda: “yo no tengo nada que responder, pregúntele a la causa”, en ese momento hay una especie de trampa general que se instala y que puede sobre todo pervertirse. Lacan, particularmente en el seminario sobre la angustia, tiene palabras muy claras sobre esto: La perversión es siempre ponerse al servicio de una causa, al servicio del otro, en una posición de instrumento; es decir, ponerse al servicio del narcisismo del uniforme, narcisismo de la instrumentalización. Hay siempre un goce extraordinario de ser uno mismo el instrumento de alguien o de algo, inclusive en el psicoanálisis, incluyendo tanto el estar demasiado al servicio del psicoanálisis como al servicio de sus pacientes; hay un goce extraordinario de ser instrumentalizado

por alguien, y hay sujetos que tienen gran dificultad para poder salir de esta posición subjetiva, porque es difícil ya no estar más instrumentalizados por alguien, no ser más el esclavo, el servidor, el doméstico de alguien—el perverso no es Drácula, no ser ce todo el trabajo sucio, quien desentierra los fetetos, los lleva de un lado a otro, es él quien está en esta especie de hiperactividad, en este goce, y siente siempre necesidad de hacer algo, de que le digan qué hacer y ocupar este lugar vacío—. En relación a esto, se encuentra o se puede encontrar una forma de narcisismo que está más allá de las formas habituales de narcisismo, sobre este punto hay en el psicoanálisis, como en otras partes también, un peligro considerable, por lo tanto es imperativo que los analistas hayan hecho el duelo en su trabajo de esa posición perversa. Fue Lacan quien, mucho más que Freud, habló acerca de las fronteras muy finas entre el deseo y la perversión.

No sé si se dan cuenta que esto que les he planteado reintierro, por ejemplo, el problema del dinero y del pago, para que las cosas no se perversen demasiado y que el analista también esté libre de salir en relación a su paciente y que no esté alienado y que otras maneras con las cuales podría hacerse pagar. Es un problema difícil, que incluye el valor del dinero, un valor social. No es por lo tanto un problema que podamos resolver de manera abstracta. Cuando hacemos un trabajo, si uno no se hace pagar de una manera u otra, entonces vamos a ser pagados igual, y hay mil y una maneras de hacer pagar a los otros. El dinero no es la peor.

Pregunta de un asistente: (inaudible)

Lamentablemente no nos queda mucho tiempo. Voy a entonces retomar algunos puntos de las preguntas que me han sido formuladas. Lamentablemente, no voy a poder responder todo, pero yo espero que el diálogo continuará.

En cuanto a la formación del psicoanalista, podemos formular esta pregunta de una manera muy simple: ¿Cómo podemos esperar o creer que un psicoanalista permisiona esta sometida, si por su parte el analista no es libre en su oficio, no es extraordinaria de ubicar, de darse cuenta, de situar en sus analistas todas las dependencias, todas las sumisiones, todas las alienaciones, porque han podido situar eso en sus propios padres. Y muchas veces estos pacientes están bloqueados en sus análisis porque no saben cómo llevar a sus analistas a escuchar lo que les dicen. Desde este punto de vista, la frase de Lacan debería dar una dosis de humildad: "Las resistencias son las resistencias del analista". Si un analista no desea volverse paranoico, debe siempre preguntarse y trabajar a partir de eso, del lugar que uno ocupa en la transferencia. Porque el lugar en que yo he sido puesto, impide a veces a este hombre o a esta mujer hablar, es decir que a pesar de uno, devinimos como analistas una parte de su enfermedad, una parte de él mismo, de su sintoma. Esto no es un problema psicológico para el psicoanalista. Es así como cada cura construye sus propios impases.

El trabajo del analista es esencial para que un paciente se cure de su análisis. De una manera extremadamente fiel a Freud, decimos que un psicoanalista transforma una neurosis en una neurosis de transferencia, es decir lleva la enfermedad al campo de la transferencia. Eso quiere decir que el trabajo del analista permite que el paciente se cure de su propio análisis. No olviden que un psicoanalista es alguien que desamó tiempo, profesionalmente, se centra en posición de alejar a los otros del psicoanálisis. Es decir, que está al mismo tiempo adentro y afuera, y es esa la formación del psicoanalista. Se trata de que alguien aprenda una experiencia sin miedo, a la vez sosteniendo el despliegue de la transferencia —en cierto modo favoreciéndola incluir a esta persona de lo que ha devenido su cura analítica y en lo cual el analista mismo está tomado. Es así como hay que tomar la fórmula de Lacan cuando dice que "un psicoanalista es la puesta en cuestión de un psicoanalista". Un psicoanalista no solamente ocupa el lugar del objeto a, de la causa del deseo. Eso quiere decir, además, que el psicoanalista sea puesto en cuestión. Poner en cuestión alguien es acusarlo, en definitiva. A partir de eso, el analista tiene que responder.

Quiero volver a algunas cosas que creí escuchar en las preguntas que ustedes me han planteado y que desde mi punto de vista, al menos, me parece esencial retomar.

Una de las formas actuales de la idealización del psicoanalista concierne particularmente a una de las maneras de usar la referencia topológica, considerando de una y a su propia palabra. Esto es cierto, es verdadero, porque es a partir del lenguaje que el sujeto existe, que la palabra se despliega y que el problema del deseo se plantea. Pero el sujeto con el cual tenemos que vernos no es un sujeto abstracto. Es un sujeto que es hombre o mujer si trabajamos con adultos, y que en consecuencia ha sido un niño, que ha atravesado entonces todo aquello que Freud descubrió acerca de la sexualidad infantil. El problema de la demanda se sitúa ahí. Vemos bien que hay una cierta manera de proponer el problema del lenguaje que a la vez no le otorga suficiente importancia al problema de la diferencia de sexo, que es una de las preguntas que atraviesa el tema de la infancia, y que tampoco le ha otorgado importancia a la diferencia entre el niño y el adulto. ¿Por qué este problema de la diferencia entre el niño y el adulto es importante? Primero, porque es verdadero, y es verdadero porque para Freud lo inconsciente es lo que llamamos infantil, es decir es eso que en la infancia, y después de la infancia, no cesa de ser infantil.

En relación a esto, voy a volver a una pregunta del comienzo, antes de terminar. No podemos darte lugar al problema de lo infantil sin retomar a la cuestión de la madre. Esto quiere decir entonces, utilizando los términos que Lacan emplea en relación a la demanda—el amor por un lado y el deseo por otro—que no se trata simplemente de posiciones subjetivas en adultos, sino la memoria y la presencia de la infancia, si de su demanda. No podemos constatar que lo infantil ha estado presente sin hacer retomar el problema de la madre, puesto que no hay niño sin madre.

Hay una perspectiva diferente en análisis, otra perspectiva, con la cual yo no estaría completamente de acuerdo, en lo que ella tiene de absoluta. Pero que a pesar de esto pienso que destaca algo importante, que trabaja bastante con la idea de la transferencia materna y la transferencia paterna. Idealiza, ve en abstracto el problema de la transferencia, pero pretende estar atento a la manera por la cual en la transferencia vuelve el problema sobre aquello que en la infancia ha sido la relación a la madre y al padre, la manera por la cual el padre y la madre han respondido diferentemente a las demandas del niño, la manera en que un niño ha vivido completamente las diferencias entre ambos. No solamente las diferencias sexuales, sino las diferencias de rol, de presencia, de cuidado, y por lo tanto debido a eso aparece el fantasma sexualizado. Esta perspectiva es clínicamente muy relevante, teniendo en cuenta cómo las palabras se sitúan en esa referencia. Solo si uno atraviesa todos esos problemas, uno puede abordar de manera correcta el problema lacaniano del deseo.

Esto de hablar correctamente del problema del deseo, supone que me sitúe, que me reconozca, en un cierto duelo anterior, en una cierta falta anterior. Como si uno ya no se reconociese como un hijo del lenguaje, sino como hijo de un padre y de una madre, habiendo teniendo una historia, como niño, con ese padre y con esa madre.

El problema del desarrollo, que es uno de los problemas esenciales de la relación madre-niño, podemos plantearlo de la manera siguiente, y eso será mi comentario con respecto a lo salvaje, lo imperativo, es necesario que una madre y un niño se encuentren el uno al otro. Hay madres que no encuentran jamás a sus bebés y bebés que nunca encuentran a sus madres. Por lo tanto este encuentro se construye, se vive en un cuerpo a cuerpo, no en un cuerpo, y es ahí donde vemos cómo este salvajismo se desdibaja. Con respecto a este salvajismo potencial, inevitable, queda en la construcción de un lazo, de un núcleo dado por la palabra, el poder humanizarse y estabilizarse.

Un niño no puede separarse sino de aquello que ha tenido, de una manera u otra. No se puede hacer el duelo sino de aquello que uno ha conseguido o de aquello a lo cual uno se ha identificado, de una manera u otra. Está en la raíz del psicoanálisis, en tanto el psicoanálisis no es un idealismo, el concepto de la infancia. Un niño está siempre ya tomado en la palabra, es de antemano un sujeto, pero eso no puede confundirse a expensas del reconocimiento y de la permanencia de lo infantil. Y no podemos plantear la pregunta por lo infantil sin plantear la pregunta por lo materno.

Sin tomar en cuenta estos aspectos, estaríamos en un análisis oscuro, abstracto idealizado, en el cual no hay ni diferencia, ni infancia, ni sexualidad. Y una manera de enfrentar esto es tomando en cuenta la cuestión de la historia. Sólo esta relación a la historia puede evitar eso que Lacan llama la destructividad del deseo.

Pregunta de un asistente (sobre la formación de los psicoanalistas, la transmisión del psicoanálisis y la universidad):

Pienso que entendí bien vuestra pregunta, voy a responder brevemente. Esta posición de Kernberg, que usted plantea es conocida, él ha escrito artículos sobre este

tema. De hecho, es una posición favorable a dar diplomas a los psicoterapeutas, que serían otorgados por las universidades. Esta posición ha sido fuertemente criticada en Europa, en los debates que se han producido en los tres años precedentes sobre la cuestión de un eventual estatus de psicoterapeuta, es decir recibir un estatus académico, oficial, que sería ofrecido por universidades del Estado.

Desde un punto de vista del psicoanálisis, y no solamente debido al cortocircuito que esto implicaría en la formación de los psicoanalistas, hay que decir solamente que existe una incompatibilidad entre un criterio analítico y un criterio universitario de formación. Hay una conclusión que es grave de sostener, en este debate que lleva varios años en torno a la psicoterapia, en el cual el tema del análisis laico, profano, ha sido retomado. Lo que es sorprendente es que no se puede a la vez mostrarse en una relación al padre, especialmente a Freud, y al mismo tiempo desplazarse con una hostilidad este artículo que Freud dedicó al análisis profano en el cual decía con mucha fuerza que la práctica del psicoanálisis no es un privilegio ni de los psicólogos ni de los médicos. Ahí hay entonces un elemento histórico muy importante del psicoanálisis, y no hay por qué hoy día cambiar ningún punto de la posición que se adoptó en ese momento.

En Europa, han habido países que ya se habían comprometido, por ejemplo Italia y Austria, dejando funcionar la formación analítica en las universidades, repartiendo diplomas, con estatus de psicoterapeuta, psicoterapia analítica. Lo que ha sido una catástrofe para el psicoanálisis. Porque llegaba al poder en la universidad, pero olvidando completamente la pregunta por el problema de la transferencia. Todo esto llegó a Francia. El hecho de que no hay estatus universitario de psicoterapeuta, ha sido una decisión que se tomó hace seis meses, en marzo, y esto quiere decir que el psicoanálisis devolvió la confianza a las instituciones. Para asegurar la formación de los psicoanalistas, según criterios psicoanalíticos, es necesario sobre todo darse el tiempo de hacer un análisis. El saber universitario no toma el lugar del saber inconsciente.

Precisamente, debemos permitir a los analistas trabajar su formación en referencia al problema de su deseo, de su creatividad, de su libertad, de su capacidad de autonomía, y no en relación a su capacidad de ser buenos alumnos, resignados, de seguir a sus profesores, teniendo la obligación —como la mayoría de los alumnos— de repetir lo hasta en sus burradas, y perder un tiempo considerable en soporíferas para al fin obtener un diploma —sobre todo si uno quiere hacer una carrera, porque realmente los que hacen carrera son los más perversos, los más masoquistas, lo que no quita por supuesto que hayan excepciones, aquí entre nosotros—. No podemos instaurar la formación del psicoanálisis a partir de la transmisión del masoquismo y la obligación de pensar como otro, desde otro.

La historia de relaciones entre el psicoanálisis y la universidad es una historia difícil, en Francia por ejemplo. Es una historia de la cual yo formo parte, ya que fue Lacan quien me permitió entrar a la universidad a trabajar en un departamento de psicoanálisis creado por él, donde todavía trabajo (Paris VIII). Era un departamento que no

2 La pregunta se plantea con respecto a la posición de un psicoanalista acerca de la necesidad de una enseñanza universitaria en la formación de analistas.

implicaba ningún curso: no había primero, segundo, tercer, cuarto nivel. Eso para no fundamentar compatibilidad alguna entre la formación psicoanalítica y la universitaria. Se trataba de un departamento absolutamente coherente con la teoría lacaniana, por ejemplo con la teoría de los cuatro discursos, fundada a propósito de los antagonismos de los discursos; es decir, la incompatibilidad de lo que Lacan llama el discurso de la universidad y el discurso del análisis. Si se trataba de hacer salir este discurso del medio estrictamente analítico era para al mismo tiempo poner en cuestión algunos aspectos de la universidad. No se trataba de mostrar un saber, sino de provocar crisis, conflictos entre la universidad, el psicoanálisis, los estudiantes, los profesores. Entonces esto tenía función crítica, una función crítica en relación a aquello de lo cual habla el psicoanálisis, que es la pregunta, el problema de lo reprimido en la cultura, es decir, la pregunta por lo que cada sociedad reprime. El psicoanálisis estaba del lado de aquello que está reprimido, de eso de lo cual nuestros pacientes nos hablan, del lado del retorno de lo reprimido en el síntoma, de algo a escuchar. Se trataba de instalar el psicoanálisis ahí para que esta sociedad reconociera aquello que había hecho desaparecer.

Si el psicoanálisis es parte de lo que podríamos considerar como el espíritu científico —yo no diría que es una ciencia, sino, como decía Lacan, una práctica que se remite a la ciencia—, el psicoanálisis no puede estar del lado de la capitalización del saber. Esta capitalización del saber, pensar que el psicoanálisis como saber debería participar del manejo de la sociedad, sería una perversión del psicoanálisis. Por estas razones, cuando Lacan formó este departamento de psicoanálisis en la universidad en 1969, fue una manera de imponer al saber académico la práctica psicoanalítica como una práctica científica, pero críticamente y no de una manera oficial.

Desde el punto de vista de la formación analítica, las tesis hechas en la universidad no tienen ningún valor, no hay ninguna continuidad en lo que se puede hacer en las universidades y lo que ocurre en las instituciones psicoanalíticas. Eso no quiere decir que aquellos psicoanalistas que se forman en una institución tengan exclusivamente una formación analítica. Es muy raro que no tengan estudios superiores en algún campo. Es cierto que hay un diez por ciento de psicoanalistas que no son ni psicólogos ni psiquiatras, pero entre este diez por ciento están los más grandes psicoanalistas de Francia. El verdadero problema del psicoanálisis es que esté presente en la cultura y no que sea producido en una disciplina entre otras; el problema del psicoanálisis es que esté presente de una manera dialogante en la filosofía, en la literatura, en la creación, también en la ciencia, también en la psicología, por qué no también en la biología.

Es fundamental que el psicoanálisis forme parte integrante de la cultura de un país, ésta es una de las mejores maneras de protegerlo. Pero históricamente eso no ocurre sino en los países que el psicoanálisis ha sido des-medicalizado. Cada vez que el psicoanálisis ha sido confiscado por la medicina, u hoy día confiscado por la psicología, reducido a una especialidad y dejado en su esquina, el psicoanálisis se ha deshecho, ha desaparecido y eso se ha vuelto contra el psicoanálisis mismo. Entonces, estas tentativas como las que usted habla están siempre animadas, ya sea por objetivos de poder —porque en la letra chica del contrato dirá no sólo que hay que tener un diploma

ma para ejercer, sino un diploma de esa institución—, o bien por un mal miedo. Por supuesto que hay que defender al psicoanálisis, hay que pensar en la formación de los analistas, pero no podemos defender al psicoanálisis teniendo miedo del psicoanálisis. Si alguien ha imaginado que la mejor manera de protegerlo es meterlo en una especie de prisión universitaria, para protegerlo de él mismo, es como si dijéramos que es necesario que los artistas no molesten, como si toda persona que escriba una novela debería tener un diploma.

Finalmente, quiero decirles que he tenido un gran placer en compartir con ustedes esta jornada; les agradezco vuestra acogida, vuestra presencia ha sido muy estimulante. He podido trabajar mucho —por eso se los agradezco— tratando de reflexionar, de comunicarles algo y tengo la impresión de haberlo logrado a veces, lo que me da mucho placer.